

PROTAGONISTAS DE AMERICA

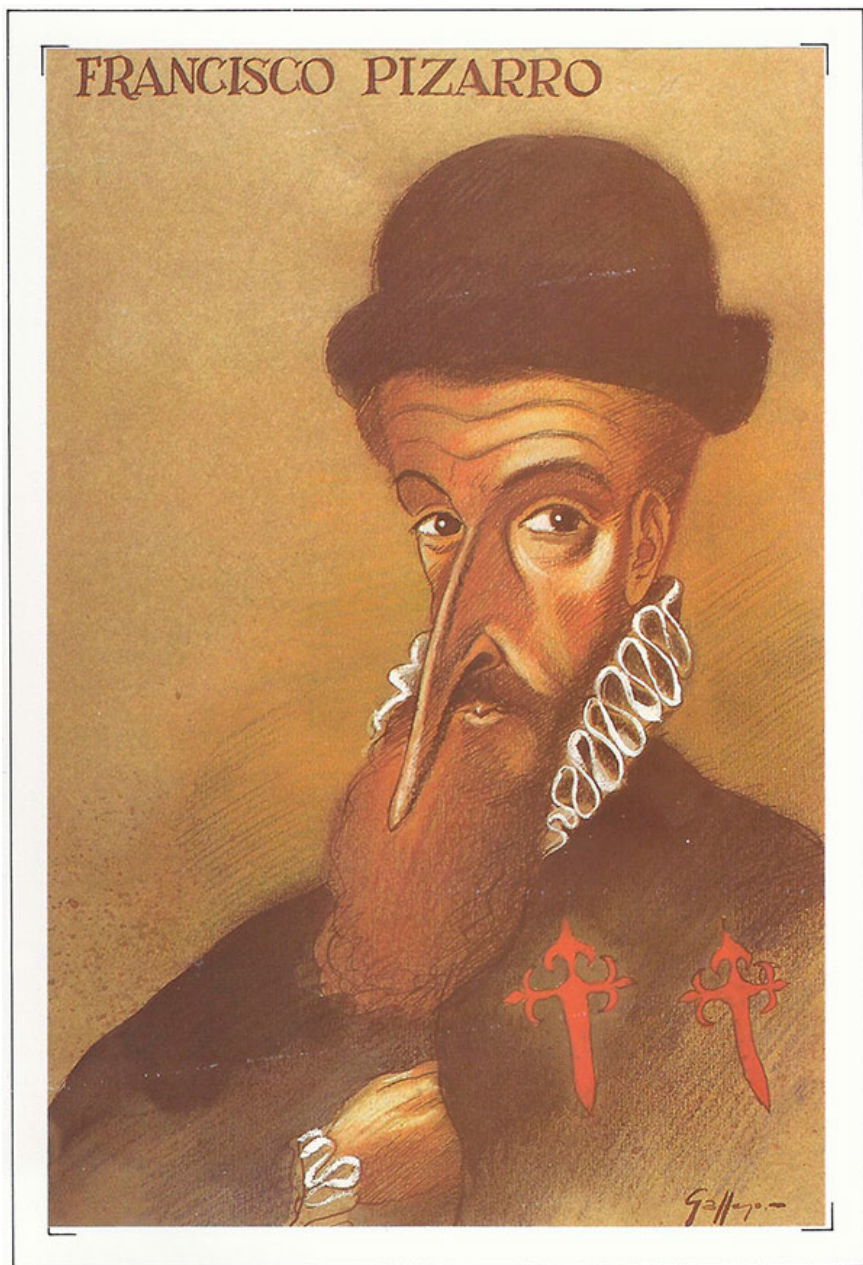
FRANCISCO PIZARRO

Manuel Ballesteros



1492-1992

Nació en Trujillo (Cáceres) hacia el año 1475. De humilde origen, fue soldado en Italia y pasó a América en 1509. Tras participar en las expediciones de Ojeda y Balboa, interviene en la colonización de Panamá. En 1524, junto con Almagro y Luque, inicia la primera expedición al imperio inca, que fracasa, al igual que la organizada dos años después. En 1531, tras haber obtenido en España el apoyo de Carlos V, comienza con pocas fuerzas la definitiva conquista. Aprovecha la descomposición interna del Estado incaico y en 1535 culmina su ocupación y funda la ciudad de Lima. Los métodos empleados en el proceso de sometimiento del Imperio serían muy discutidos, al igual que el reparto de los cargos y bienes que se generaron con él. Pizarro murió en Lima en 1541, sin haber conseguido la pacificación total del territorio.



INTRODUCCIÓN

La nómina de las biografías que se han escrito del conquistador del Perú es numerosa. Pizarro, eje de la acción conquistadora, alma de la misma y seguro mantenedor de lo adquirido frente a la reacción indígena, es en sí mismo un ejemplo de lo que significa la personalidad humana en las coyunturas excepcionales, que no se presentan cotidianamente sino que saltan al mundo de los hombres en tiempos también excepcionales. Es posible que entre nosotros haya gentes como Pizarro, a los que la historia de nuestro tiempo no brinda estas coyunturas, y cuya potencialidad quedará inédita. Así como también, no cabe negarlo, aparecen estas ocasiones y, en aquel momento, no se despierta o desvela ninguna personalidad capaz de hacerles frente, o de estar a la altura de las circunstancias. Este es el enigma de la personalidad. Y Pizarro nos sirve de excelente ejemplo.

Decía un filósofo de la Historia que no está claro si *los tiempos hacen a los hombres* y todavía no ha habido respuesta a esta interrogante. Sin embargo, en el caso concreto de las acciones españolas en América, no debe cabernos la menor duda de que los tiempos hicieron a los hombres, porque la circunstancia estaba dada desde el momento mismo del Descubrimiento. A la recién nacida nacionalidad

española un mundo nuevo —*Orbis Novus* lo llamó con justicia el humanista italiano radicado en España Pedro Martyr de Anghiera— ofrecía oportunidad de hacerse con su dominio o, simplemente, comerciar con los habitantes de aquellas latitudes transatlánticas. Y se decidió lo primero, ante el estupor de Europa, que tardíamente reaccionaría para adquirir parte del botín geográfico y económico que España iba consiguiendo rapidísimamente. Los tiempos, pues, dieron la oportunidad, y los hombres aprovecharon esta coyuntura. Los tiempos hicieron a los hombres, pero, objetivamente, sin triunfalismos hispánicos, éstos fueron dignos de los desafíos que la ocasión les lanzaba. Uno de estos hombres fue Francisco Pizarro.

Generalmente entre los biógrafos de Pizarro, como el que esto escribe (el primero en este siglo) y los peruanos Busto Duthurburu y Porras Barrenechea, suele ir confundida la personalidad de Francisco Pizarro con el hecho, en que intervienen muchos hombres más, de la conquista del Perú, y por ello todo el peso de la narración biográfica comienza realmente en la mayoría de las obras con las primeras exploraciones por la costa suramericana del océano Pacífico. Solamente se hace, en general, una referencia a sus humildes orígenes de un modo oscuro, que no permite saber cómo se produjeron esos fenómenos tan importantes como la educación, la vocación, la decisión de permanecer en la patria o buscar fortuna fuera de ella. Pretendo en esta biografía arrancar de las raíces: de España y de su persona.

La Historia se escribe sobre lo que los expertos llaman las *fuentes*, que son las informaciones fidedignas que nos permiten el conocimiento de los hechos del pasado. Para los acontecimientos americanos —*indianos* solían llamarlos en los siglos XVI y XVII— tenemos tres tipos de fuentes, de desigual importancia, pero que se complementan unos con otros. Los que nos dan la línea conductora cronológica de los acontecimientos son las *crónicas* y las *historias* escritas en tiempos inmediatamente posteriores. Las crónicas están

redactadas por contemporáneos, que muchas veces conocieron a los protagonistas, o a personas que tomaron parte en los hechos. El primero fue Gonzalo Fernández de Oviedo, amigo de Diego de Almagro y que tuvo relación con Pizarro, y con los gobernadores de Panamá que intervinieron en la organización y autorizaciones para los viajes exploratorios: Pedrarias Dávila y Pedro de los Ríos. Gonzalo Fernández de Oviedo escribió una monumental *Historia General y Natural de las Indias*, en que trata por menor todo lo sucedido, hasta la finalización de la conquista del imperio incaico, e incluso tiempos posteriores. Es al mismo tiempo cronista e historiador. El otro historiador es Antonio de Herrera y Tordesillas, que a comienzos del siglo XVII —cumpliendo sus deberes de *cronista de Indias*, en el Consejo de las mismas— publicó su *Historia de los hechos de los castellanos en Tierra Firme e islas del mar océano*.

Entre los cronistas tenemos al príncipe de los del Perú, el extremeño Pedro Cieza de León, natural de Llerena, que muy joven pasó a Indias, cuando ya la Conquista del Perú se había terminado. Yendo de un lado a otro, por tierras de la actual Colombia y del Ecuador, llegó a Lima y presenció el final de la sublevación de los castellanos del Perú contra las Leyes Nuevas, sublevación sofocada por el visitador La Gasca, un clérigo enérgico. Este le encomienda que relate las campañas de *pacificación* y así nació la *Crónica General del Perú*, una parte importante de la cual estaba constituida por la narración de la Conquista, hasta la muerte de Francisco Pizarro. La información había sido recogida por Cieza de los recuerdos de muchos conquistadores aún vivos, y de gentes que conocieron el desarrollo del final del imperio de los Incas.

El segundo grupo de fuentes está constituido por las *memorias* y relatos de los que participaron en el proceso del descubrimiento, primero, y de la Conquista después. Hombres de la hueste conquistadora, como Borregán, Trujillo o Miguel Estete y Cristóbal de Mena, y muchos otros,

escribieron sobre lo que habían vivido, teniendo la suerte algunos de que estos escritos suyos se publicaran en su tiempo y fueran de todos conocidos, e incluso traducidos a otros idiomas. Otros no tuvieron igual fortuna y sus viejos papeles han sido hallados por los investigadores en archivos y bibliotecas, gracias a esa tenacidad de los papeles para pervivir y no ser destruidos, pese a su fragilidad.

Y por último tenemos lo que se llaman generalmente *documentos*. Son los testamentos, las cartas, los contratos, los procesos ante los tribunales, reclamando derechos o acusando a personas. Todos ellos se conservan en los archivos, especialmente el llamado de Indias, porque sus miles de legajos fueron desglosados de los archivos oficiales españoles para trasladarlos a Sevilla, donde se conservan. Pero también se guardan en archivos hispanoamericanos, en colecciones de manuscritos de Madrid, o de otras poblaciones.

Todo este cúmulo de fuentes informativas permite al historiador moverse con facilidad de no errar, de seguir paso a paso el curso de los acontecimientos, e incluso de dar un valor moral a lo que va sabiendo. Pero también es para el lector y amante de conocer los acontecimientos del pasado y la valía de los hombres que *hicieron historia* la garantía de que la labor reestructora del pasado tiene sólidos fundamentos.

Baste lo dicho para asegurar al lector que va a conocer una historia verdadera, expuesta sintéticamente en las páginas que comienzan tras esta Introducción.

NACIDO EN TIERRA DE GUERREROS

Francisco Pizarro, en la memoria que de él guardan las gentes, tiene una doble versión: la de la humildad de sus orígenes y la de la grandeza de su acción en Indias, casi como un juego de contrastes, de oscuridades y deslumbrantes claridades. La versión de su origen se basa en que era hijo bastardo, que *debió* cuidar cerdos en su infancia y que, además, era inculto, porque no sabía escribir y firmaba con una cruz. Versión romántica que agranda las diferencias y hace un grande hombre, que ennoblece el apellido de su padre con acciones y brillos que no habían conseguido otros antepasados, *cristianos viejos*, de rancia estirpe. Pero la realidad no es frecuentemente tan romántica, se produce sin cataclismos, según las leyes de la naturaleza humana, obviamente.

La Extremadura de fines del siglo XV es una tierra de caballeros, orgullosos de sus escudos y de su limpia sangre castellana, sin mezcla de judíos o musulmanes. Las familias labraban sus casas-castillo en las ciudades, como Cáceres, Medellín o Trujillo, manteniendo guerras intestinas entre ellas, usando de los labriegos como soldados en estas luchas familiares o señoriales. El advenimiento a la cúpula del poder de la Reina Isabel y de su esposo, el rey Fernando IV de Aragón, iba a dar el golpe de gracia a esta sangría tradi-

cional, prohibiendo el uso de armas por rencilla particular, por diferencias o por simple enemistad tradicional y venganzas. A tal fin mandaron los nuevos monarcas que las torres fueran reducidas en un tercio y se desalmenaran. Trujillo, patria de las hidalgas familias Añasco, Altamiranos, Bejaranos (oriundos de la industriosa Béjar, la de los paños), y sus parientes los Vargas, Hinojosas, Pizarros y Orellanas, se habían dedicado durante decenios a las rencillas caballerescas, liquidadas a cintarazos, en la oscuridad de la noche en las callejas de la collación de Santa María. Las devociones preferidas eran las de San Martín de Tours, el caballero que compartiera su capa con un menesteroso. Los Pizarro eran —como dicho va— una de las familias principales, partidaria de los Altamirano. En estos fines del siglo XV uno de los vecinos distinguidos de la villa, luego Regidor de la misma por respeto de sus convecinos, era don Hernando Alonso Pizarro, casado con Isabel Rodríguez de Aguilar (de la familia Hinojosa), uno de cuyos hijos, Gonzalo, sería el progenitor de Francisco Pizarro. ¿Cómo sucedieron los hechos que traerían al mundo al futuro conquistador del Perú?

Entre las *personas llanas que viven de su trabajo*, o pertenecientes a la gente villana, se contaban menestrales, labradores, aparceros de las tierras de las familias hidalgas y pequeños comerciantes y artesanos. Gente toda ella necesaria para el desarrollo armónico de una comunidad. De ellos había una familia apodada *los Roperos*, constituida por Juan Mateos, labrador, y su mujer María Alonso, que tuvieron dos hijas, Catalina y Francisca. La primera casó y la segunda entró como sirviente —y quizá educanda— al convento de las monjas —*freilas* las llamaban en Trujillo— de la Puerta de Coria. Esta última sería la madre de Francisco, el conquistador y futuro gobernador y marqués.

Conocidos los resultados de unos hechos que se ignoran, pero usando de la lógica, no cabe la menor duda que el caballero don Gonzalo Pizarro, hijo del noble don Hernando Alonso, sedujo a la joven sirviente y que ésta —ex-

pulsada, del convento al notarse su embarazo— tuvo un hijo, en la casa de Juan Casco, su padrastro, pues su padre había muerto, siendo testigos Antón Zamorano, su cuñado, y un tal Alonso García Torvisco, que los historiadores sospechan fuera un enviado de su padre natural, el hijo del regidor.

Hijo de *la ropera*, no parece —aunque los seguidores del cronista López de Gómara así lo afirman— que fuera porquerizo. Una de las riquezas de Extremadura, región pobre, eran los ganados porcinos, y los hidalgos vivían tanto como los campesinos de esta riqueza, siempre amenazada de pestes y enfermedades. Y no, por varias razones, porque se le apellidó Pizarro, y es muy posible que conviviera con sus hermanos en la casa paterna, o mejor, en la del abuelo. Que no recibió educación ni de primeras letras (como dijimos al comienzo) es evidente, pero este detalle no significa villanía, pues muchos eran los hidalgos que no supieron más que leer y que dibujaban su firma. Educación al aire libre, campesina, fortalecedora, pero ¿con qué porvenir? Ya no había en Extremadura la coyuntura de la guerra señorial, grande escuela bélica, que explica la preparación ancestral de los futuros conquistadores de las Indias para empresas de guerra y combate.

España —ya podemos llamar así a la unión, aunque no soldadura, de los grandes reinos de Castilla y Aragón— había iniciado una política exterior que seguía en cierto modo la tradición aragonesa de rivalidad y enfrentamiento con Francia (amiga de Castilla desde tiempos de Enrique II *el de las Mercedes*). Francia y Aragón se habían disputado Nápoles en tiempos pasados y las heridas volvían a abrirse. Había por ello un empleo de los excedentes sociales, que podían usarse en lo que la Historia llama *Guerras de Italia*. Los antiguos soldados señoriales tendrían un empleo en la tradición de su tierra, al servicio de sus Reyes. Gonzalo Pizarro, el hijo del Regidor, y padre del bastardo Francisco, debió tomar el camino de Italia, con las gentes del Gran

Capitán, pues cuando se habla en los cronistas del padre de Francisco, se lo califica de *capitán*. Aunque Gómara dice que Francisco se escapó de Trujillo porque se le habían desmandado los cerdos que cuidaba (lo que afirma sin prueba alguna), también informa que *se fue a Sevilla con unos caminantes*, lo que es extraordinariamente vago. Lo más lógico es que su padre lo llevara consigo, precisamente por su bastardía, para que se curtiera en el oficio de la guerra. Que estuvo en estas contiendas —de que no queda informe alguno, ya sea de cronista, historiador o documento— parece comprobarlo su adoración por Gonzalo Fernández de Córdoba, el *Gran Capitán*, al que siempre admiró, y hasta imitó, como afirma uno de sus biógrafos, puesto que como él, *usó en su vejez los zapatos y el sombrero blancos, porque así los llevaba el Gran Capitán* (Del Busto).

¿Cuánto tiempo estuvo en estas guerras? No puede precisarse, porque no sabemos cuándo se incorporó a ellas, pero sí que su regreso a la patria fue antes del año 1502, como vamos a ver. Es curioso que en esta contienda italiana coincidió con el que luego sería compañero suyo en Indias, el más adelante cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, y entonces secretario de su homónimo Gonzalo Fernández de Córdoba, el admirado Gran Capitán. No hace mención Oviedo de que el futuro descubridor y conquistador del Perú hubiera estado con él, o que se conocieran ya de antes de su coincidente estadía de Panamá.

España —la recién nacida España de los Reyes Católicos— no tenía Ejército permanente, lo que no existía prácticamente en ninguna nación europea tampoco, y por ello cuando el Gran Capitán licencia sus tropas victoriosas, entre los que regresan se cuenta Francisco Pizarro. Esto *lo saben* los historiadores por lógica deducción, porque encuentran a Pizarro ya en las Indias —como vamos a ver— muy a comienzos del siglo XVI.

Las generalizaciones sobre las llamadas Indias de Occidente, o simplemente *las Indias*, hacen confundir lo que

eran en un comienzo, precisamente cuando llega Pizarro a ellas, y lo que fueron después, muy poco tiempo después, por el fulgurante afán descubridor de los navegantes castellanos. Con ellos no sólo se transforma la idea que de estas Indias se tenía en España, sino que sobre la marcha se arbitran los instrumentos administrativos, jurídicos y personales para fortalecer y afirmar la presencia española en Ultramar.

El punto de referencia es 1492 y su resonancia en el viejo mundo en 1493, por el éxito del viaje de Cristóbal Colón. Es importante que recordemos esto, que supone que sólo se conocían las Antillas y que en 1502 —cuando Pizarro sale para las Indias— aún no se había tocado más que tangencialmente la Tierra Firme, que se seguía con una actividad exploratoria del Mar Caribe, de las costas centro-americanas y del perfil atlántico de Sudamérica. En 1500, dos años antes de la partida de Pizarro para América, insistimos, Vicente Yáñez Pinzón (uno de los Pinzones que habían acompañado a Colón en su viaje descubridor) había llegado a la desembocadura del Amazonas, asombrándose del caudal de aguas que el Gran Río arrojaba al Atlántico, limpiándolo de salobridad, por lo que fue bautizado como *Mar Dulce*. En otras palabras, apenas se había contorneado el subcontinente americano del Sur, donde muchos años después Pizarro descubriría —por el otro océano— el imperio de los Incas.

Aunque en algunas islas antillanas, como Santo Domingo (el *Bohío* de los indígenas), las aguas de los ríos llevaban partículas de oro, no se habían hallado verdaderas minas, ni los palacios orientales de que hablaba Marco Polo, ni las residencias lujosísimas del Gran Khan, para quien Colón llevaba cartas credenciales de los Reyes Católicos. Todo lo contrario, tierras de exuberante vegetación, de flora y fauna completamente diferentes de las del mundo europeo, pero... sin riquezas, y ni siquiera naciones organizadas, sino *yucayeques* o aldeas de varios cientos de habitantes, hechas de cañas, madera, paja y palmas de plátano,

gobernadas por reyezuelos o *caciques*, palabra que ya usaban los exploradores y conquistadores. De isla en isla se desplazaban los indígenas en *canoas* (primera palabra americana que entra en el diccionario de la lengua castellana) o embarcaciones mono-axilas, para ser tripuladas por un solo hombre, o por cuarenta, hechas de troncos ahuecados y después endurecidos al fuego. Los pacíficos habitantes de estas aldeas eran atacados por otros indios, belicosos y flecheros, que les arrebataban a sus mujeres e hijos, las primeras para ser concubinas y los segundos para su alimento, pues los aldeanos pacíficos contaban a los españoles que estos atacantes eran caníbales. Se trataba de feroces caribes.

Dicho en otras palabras: América estaba aún por hacer. No se había explorado el Yucatán, no se había conocido y conquistado Cuba ni colonizado la Isla de San Juan, o Puerto Rico, ni mucho menos conquistado el imperio azteca. Es necesaria esta observación cronológica, porque nos brinda casi treinta años de la vida de Francisco Pizarro *haciendo* la conquista, interviniendo en exploraciones y acciones de descubrimiento interior y de guerra india. La mayoría de los biógrafos hacen surgir la persona de futuro Gobernador del Perú como una crisálida, que de repente se manifestará con dotes de mando, conocimiento del terreno tropical, experiencia de la guerra india, etc.

La escasez de noticias fidedignas —documentales— sobre la marcha de Pizarro a las Indias y sus primeras experiencias en ellas, así como de su propia persona, pues siempre fue parco en palabras y largo en hechos, hacen extraordinariamente difícil saber de estos primeros tiempos de su biografía indiana. Sabemos mucho de las exploraciones que condujeron hasta el Perú y de lo que allí sucedió hasta el final de la vida del conquistador, pero de antes muy poco. Poco, porque los que narraron cosas de él no habían puesto atención en los años oscuros y se empeñaron en saber cosas cuando ya era Gobernador y Marqués.

Para unos partió con Colón en 1502, y para otros con Fray (los caballeros de Ordenes Militares eran *freyres*) Nicolás de Ovando, Comendador de Lares, que era extremeño y que tenía comisión por parte de los Reyes Católicos de hacerse cargo de la gobernación de la Isla Española (Santo Domingo), donde habría fracasado Cristóbal Colón, que todo lo que tenía de buen marino y de genial observador de los fenómenos celestes, náuticos y marítimos, lo tenía de pésimo gobernante o conductor de hombres. Nicolás de Ovando llegó a impedir que el Almirante desembarcara en la Isla. Lo más probable es que el veterano de las guerras italianas —Pizarro— fuera con su compatriota, pues Ovando era extremeño, ya que a los que iban con Colón no se les dejó desembarcar y Francisco Pizarro sí permaneció en la Isla Española. Bajo las órdenes del *pacificador* Ovando, Pizarro toma parte en campañas de apaciguamiento contra los indígenas del interior, y funciona como un conquistador disciplinado y valiente.

Y comienzan años oscuros, plenos de actividad, en que Pizarro aparece apenas nombrado, en acciones arriesgadas, que conocemos por la fama de sus capitanes. Entre éstos, uno de los que más bullía cuando la estancia de Pizarro en La Española, era el *Caballero de la Virgen*, Alonso de Ojeda, que decidió hacer valer los derechos que la Corona le había otorgado sobre un territorio en el continente, desde el Darién hasta el Cabo de la Vela. Imprecisas demarcaciones, obtenidas de los informes de los pilotos que habían costeadado el norte del continente suramericano. La fama de emprendedor que tenía Alonso de Ojeda movió a las gentes que estaban en Santo Domingo para alistarse en la empresa que se prometía muy feliz. A fines de 1508 parte la expedición, que fue muy desgraciada, pues en aquellos territorios había indios que mostraron a los españoles la eficacia de un arma desconocida: las flechas envenenadas con *curare*.

Cieza de León, el cronista-soldado que comenzaría sus experiencias indianas precisamente por las tierras de Urabá, describe lo que era este veneno y cómo se fabricaba, con plantas y animales ponzoñosos, que buscaban junto a los árboles que llamamos manzanillos, donde cavaban debajo de la tierra, y de las raíces de aquél pestífero árbol sacaban aquellas, las cuales quemaban en unas cazuelas de barro, y hacen dellas una pasta... y cuando la quieren hacer aderezan mucha lumbre en un llano desviado de sus casas o aposentos, poniendo unas ollas. Buscan una india o esclava que ellos tengan en poco, y aquella india la cuece y la pone en la perfición que ha de tener, y del olor y baho que echa de sí, muere aquella persona que lo hace... Nada de esto sabían los españoles cuando en Turbaco fueron atacados con tan mortífera arma, pereciendo muchos de ellos, como Juan de la Cosa, el gran piloto que estuviera con Cristóbal Colón, y autor del primer mapa del nuevo mundo americano.

Herido el propio Ojeda y sin poderse mantener más el precario fortín que habían construido, rodeados de indios flecheros que los asaeteaban apenas salidos del refugio, Ojeda decide volver a La Española en busca de refuerzos, prometiendo volver a los cuarenta días. La famélica y asediada tropa quedó a las órdenes de Francisco Pizarro, que designado por Ojeda, recibe su primer mando en Indias. Ojeda no volvería porque, acrecida la dolencia adquirida, moría a poco. Pero esto no lo supieron entonces los setenta hombres que con Pizarro estaban en el fortín que bautizaron con el nombre de San Sebastián, por aquello de que éste murió víctima de las flechas de sus martirizadores. En tal situación Pizarro decide salir en dos bergantines hacia la Isla Española. Tampoco el mar se mostró clemente con los castellanos, que perdieron uno de los bergantines —muriendo la mitad de ellos— por el coletazo de un enorme pez. En estas circunstancias, como en tantas otras ocasiones en Indias, la movilidad de los exploradores que partían